

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 8.

BIENOTADO
MUNICIPAL
MADRID
2 ABRIL
1925.



30
Cénts.

Ayuntamiento de Madrid

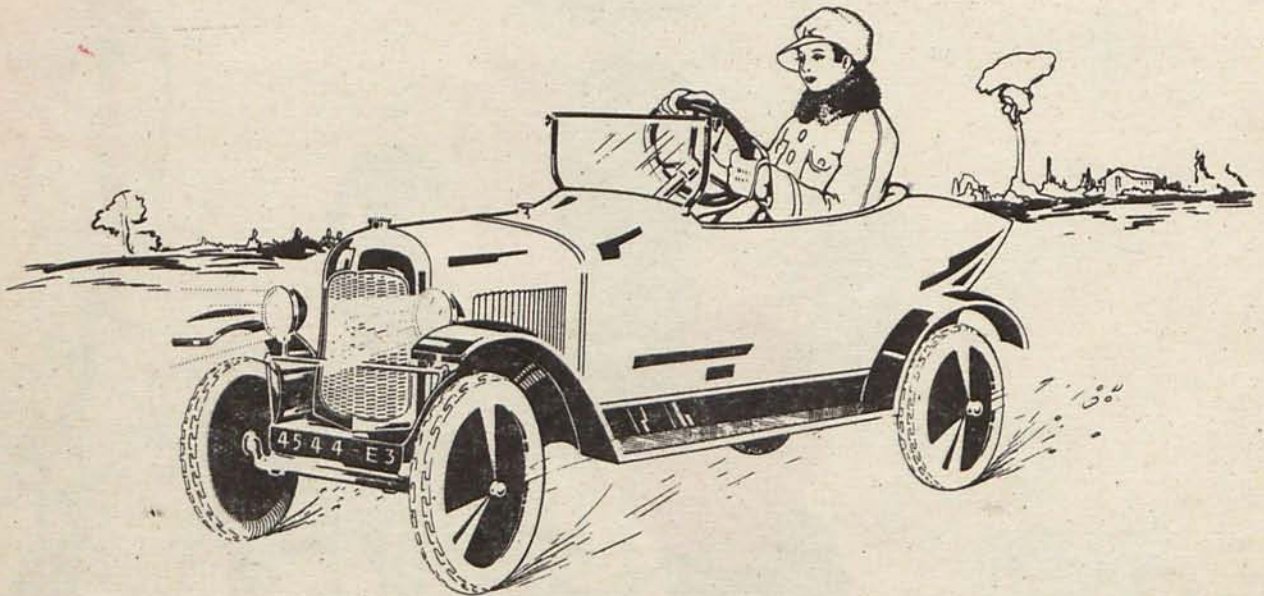
PINOCHO ES GENEROSO



Nadie, nadie dudará de la generosidad de **Pinocchio**; su generosidad es tan grande... como su nariz. Y de su cariño a todos los niños tampoco dudará nadie. Por eso, pensando en vosotros lectores de su periódico—que sois sus amigos preferidos—**Pinocchio** ha roto su hucha, ha cogido todos sus ahorros y "se ha vuelto loco" comprando preciosidades de los mejores bazares del mundo, para regalárolos.

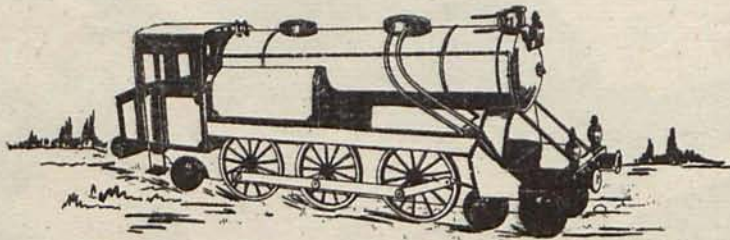
Aquí van los dibujos de los juguetes que constituyen los regalos que **Pinocchio** rifará entre sus suscritores y lectores asiduos. De todos modos estos dibujos no dan una idea exacta de lo formidables que son estos juguetes; podemos aseguraros que en su género *no los hay mejores*.

¡A suscribirse a «**Pinocchio**» sin perder tiempo! El que no lo haga lo sentirá más tarde, cuando no tenga remedio.



Dos colosales automóviles «Citroën»

Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



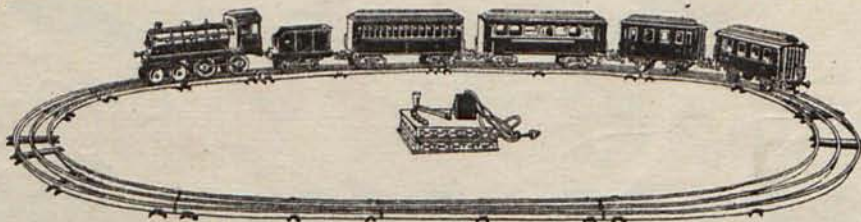
Dos formidables locomotoras con cuerda que marchan a gran velocidad.



Dos estupendas bicicletas para niño o para niña.



Tres magníficos triciclos con cadena de transmisión.



Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA" — DIR. J. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN } SAN-SEBASTIÁN } ADMINISTRACIÓN }
CIERRE Y TALLERES } CORRESPONDENCIA Y SUSCRICIONES } MADRID



AÑO I

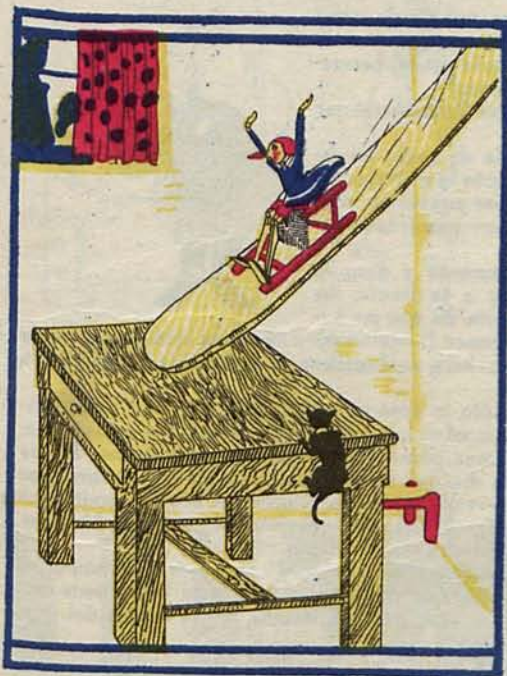
NÚMERO V III

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas
SEMESTRE..... 7,75 --

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

PINOCHO QUIERE SER ALPINISTA



I
El primer deber de todo alpinista, digno de este nombre, es saber deslizarse en un trineo a gran velocidad por las pendientes heladas.

¿Que Pinocho, para ejercitarse, no tiene en su casa ni trineo, ni pendiente, ni hielo? ¡Bah! En cambio le sobra imaginación. Una silla hará el papel de trineo y resbilará maravillosamente por la tabla de la plancha, llegando veloz hasta una inmensa llanura, que en este caso es... la mesa de la cocina.

II

Una inquietud devora el alma del gran Pinocho, aspirante a alpinista: «¿Y si me hallo frente a un abismo, cómo haré para salvarlo?», se pregunta el genial muñeco.

Entonces Pinocho se apodera de un plumero con larguísimo mango, toma carrerilla y ¡hop! con ligereza inimitable salta al otro lado de la cama... digo, del precipicio.

III

Pinocho ha oído hablar de los terribles vendavales que soplan en las grandes alturas. Él está resuelto a afrontarlos sin inmutarse y sin peligro a los resfriados; ¡todo es acostumbrarse!

Para ello llama a su cocinera Nicanora y le da las instrucciones necesarias.

Y valientemente, con admirable serenidad, se coloca frente a la amable, aunque no muy bella, Maritornes armada de un fuelle; ¡ffff! ¡Vaya vendaval! ¡Y ni un estornudo!

IV

No le basta a Pinocho, con ser valiente hasta el heroísmo; él es también abnegado y piensa en los peligros que pueden amenazar a sus compañeros de ascensión. Y ved cómo con una cuerda, la cinta de un delantal, una chimenea y una cocinera asustada, Pinocho realiza un salvamento prodigioso... Como para dar ganas de emprender la ascensión con él, ¡vamos!

(Continuará en el número próximo.)



CURIOSIDADES

LA SEDA

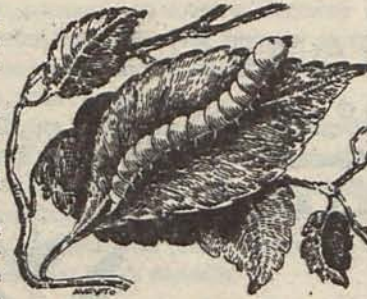
Queridos amiguitos: Hoy os voy a hablar de los gusanos de seda; aunque todos los conocéis un poco, quizá ignoráis algo de lo que os voy a decir brevemente.

La especie más conocida de estos gusanos es la llamada *Bombix mori*; cuando nacen son pequeñísimos; pero en pocos días aumentan extraordinariamente de tamaño hasta alcanzar una longitud de seis a siete centímetros.

Ese rápido crecimiento lo adquieren merced a su glotonería, ya que, sin exageración, puede decirse que, más que comer, devoran las hojas de morera, de que, como sabéis, se alimentan. Llegados a su máximo desarrollo, dejan de comer y comienzan a expulsar por dos conductos muy próximos que tienen en su boca, los filamentos que, soldados, forman el hilo de la seda.

Prosiguen echando hilo de un modo continuo en derredor de su cuerpo hasta que lo envuelven totalmente, quedando encerrados en una especie de huevecillo, que se conoce con el nombre de capullo.

Estos capullos suelen ser blancos

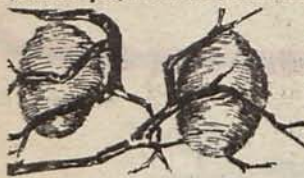


pajizos, verdosos o rojizos, y están formados por un solo hilo, cuya longitud varía entre 300 y 1.500 metros. Para su construcción suelen tardar unos ocho o nueve días; a los veinte, el gusano se transforma en *crisálida*, disminuyendo el tamaño de su cuerpo, y finalmente se convierte en *mariposa*, saliendo del capullo, para lo cual hace un agujerito del tamaño de su cuerpo, segregando un jugo corrosivo.

Esta *mariposa* es de color blanco o ceniciento, y tiene seis patas y cuatro alitas; su vida es muy corta, pues no vive más que diez o quince días, tiempo que tarda en poner los huevecillos de los que al año siguiente saldrán sus hijitos para hacer el mismo trabajo que hizo su madre.

Para recoger la seda se echan los capullos en agua muy caliente, que disuelve la materia que pega a unos hilos con otros, y finalmente las madejas se llevan a los telares, donde se hacen los tejidos que más tarde han de servir para hacer vuestros preciosos vestidos.

ARCONTE.



NUEVAS AVENTURAS DEL BARON DE LA CASTAÑA

LA OPERACIÓN QUIRÚRGICA



En aquellos tiempos estaba yo dedicado a la caza de caracoles, con trampa, en el centro de Africa, Era, debo decirlo, mi distracción favorita, y merced a un ingenioso procedimiento a base de un lazo corredizo que aprisionaba por el cuello a los caracoles que acudían a comer una lechuga colocada estratégicamente, lograba yo cobrar numerosas piezas, que luego cocinaba con arte y bastaban a mi manutención.

Así llevaba una existencia tranquila, sin que nada la turbase, hasta que un suceso imprevisto vino a sacarme de mi calma, obligándome a emprender la vida activa de otras veces.

Maboul, el rey amigo de las márgenes del Níger, me necesitaba; así me lo decía por boca de un esclavo.

Fuí sin perder día a ponerme a las órdenes de Maboul, pues era una amistad la nuestra antigua y bien probada.

Encontré al pobre rey anegado en llanto, y el motivo no era para menos.

Una partida de bandoleros, de las que poblaban aquel país, había invadido por sorpresa la ciudad y había huído llevándose todos los aparatos de radio del país.

Pero no era eso sólo lo que habían hecho los bandoleros, sino que a los dos hijos del rey les habían cortado la cabeza, quedando los pobres en medianas condiciones de salud.

Me llevaron a la habitación de los heridos y me los encontré en muy mal estado.

Bambú y Zanzibar estaban acostados en la misma cama; en una mesa, las dos cabezas de los niños lloraban, hacían guiños y se quejaban amargamente.

—¡Esto lo arreglo yo!— dije—, y ayudándome de unos sellos que llevaba en la cartera, encolé las cabezas a los cuerpos.

A los pocos días estaban los príncipes bien y ya jugaban en el jardín del palacio; sin embargo, Bambú vino a verme y se quejó:

—Querido barón: ¿me puede usted decir en qué consiste que yo antes de la desgracia corría más que mi hermano y ahora corro menos?

Al poco tiempo fue Zanzibar el que me dijo:

—Yo antes comía de todo; mi estómago resistía cuanto le enviaba; me hubiera podido comer yo solo un toro, y ahora en cuanto me como una chuleta, me indigesto.

Reflexioné un momento y después me llevé las manos a la frente; me acababa de dar cuenta de que me había equivocado al poner las cabezas, y mientras que el cuerpo de Bambú sostenía la cabeza de Zanzibar, el cuerpo de éste sostenía la cabeza de aquél.

Ya no tenía remedio la cosa y los príncipes tendrían que continuar así toda su vida; así es que buscamos el remedio por otra parte.

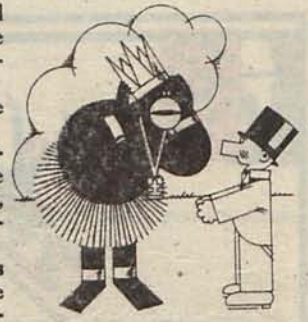
El rey y yo habíamos observado fenómenos curiosísimos en los dos muchachos. Un día que Su Majestad propinó una severa azotaina a Bambú, observamos cómo el muchacho azotado emitía sonoras carcajadas, mientras que su hermano, que contemplaba la escena, lloraba y se quejaba amargamente.

Tras alguna reflexión comprendimos el caso: y era que como los azotes eran en el cuerpo de Bambú y la cabeza no tenía nada que ver con él, por eso se reía; y la que lloraba era la cabeza del castigado.

Eso nos sirvió para solucionar el conflicto, pues me permitió poner una idea mía en práctica. Le dije al rey:

—Cada vez que los necesite para algo piense en cuál va a ser el empleo que va a darles. Si necesita usted que Bambú lea una carta o cante una canción, llame al niño cuya cabeza es la de Bambú; si por el contrario lo que desea usted es que Bambú lleve una carta corriendo o baile una danza guerrera, pues entonces hace usted venir al otro, cuya cabeza es de Zanzibar, pero cuyo cuerpo es el de Bambú.

Así lo hizo el rey Maboul y quedó muy agradecido a mi persona.

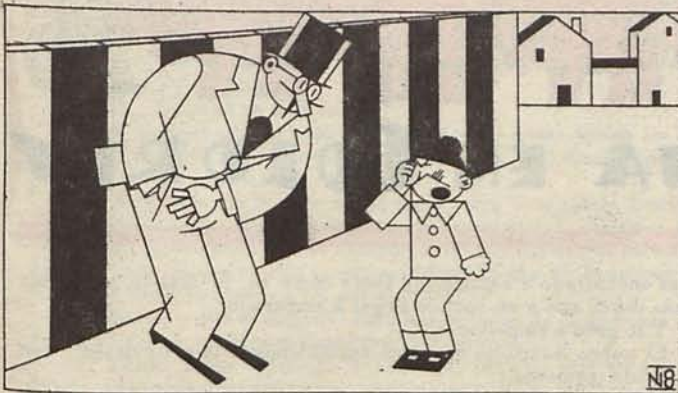


EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

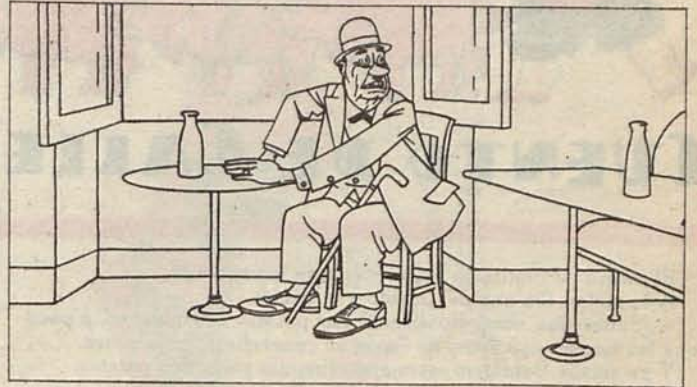


Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con **JABÓN CALBER** (PASTILLA 1,25) y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con **JABON CALBER** (PASTILLA 1,25) porque es el más indicado dada la pureza de los componentes. **PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. - SAN SEBASTIAN**

CHISTES

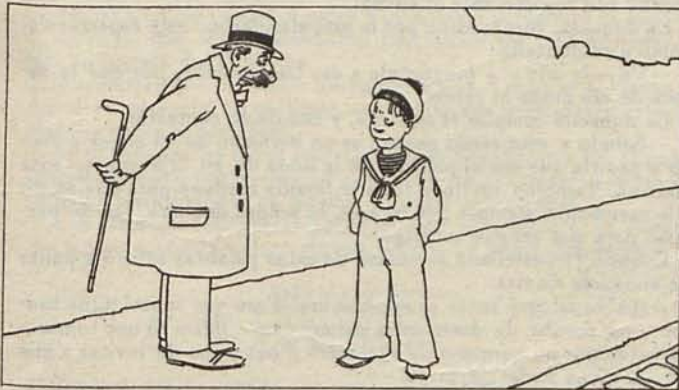


—¿No parecen tus diez céntimos?
Toma; por si llega la noche y no los has encontrado...
aquí tienes una cerilla.

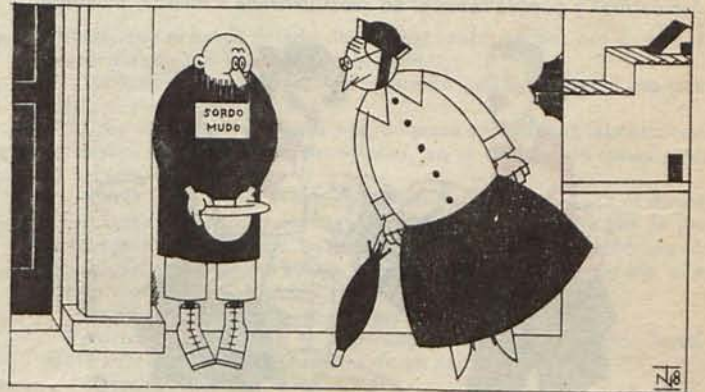


La prontitud en el servicio de los cafés.

¡¡Camareroooo!! ¡¡Camarerooooo!!
¡Qué barbaro! ¡Estamos ya en el año 1925 y todavía sin venir!



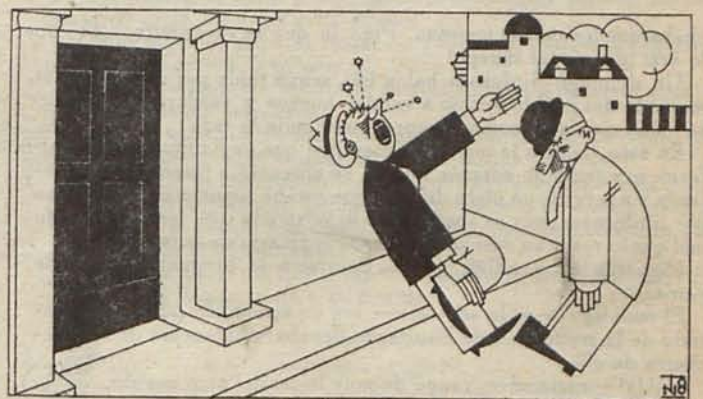
—¡Oye, Pepitol! ¿Está tu papá en casa?
—Sí, señor; pero como si no estuviera, porque ya hemos comido.



—Le doy limosna y no me da usted las gracias.
—Señora, ¿no ve usted que soy sordomudo?



Querido guardia, no se moleste usted en empujarme; me caigo yo solo.



—¡Animal, ya podía usted pisar donde debe!.
El borracho. — Donde yo debo.... no pongo los pies.



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL,
GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER
son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan
millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descu-
bierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.



EL TONTO QUE NO LO ERA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

El bueno de Bonifacio se creía cuanto le contaban. A lo mejor, iba uno del pueblo y le decía:
—¿Sabes una cosa, Bonifacio? Las patatas de tu huerto, a poco que las riegues con zumo de limón se convertirán en jamones.
Y ya estaba Bonifacio estrujando limones sobre sus patatas.
Su mujer, Sinforosa, que tenía un genio de mil diablos, se desesperaba.

—¡Cuidado que eres simple! —le repetía a todas horas.
Y Bonifacio bajaba la cabeza, le daba una chupadita a su pipa y callaba. ¡A cualquier hora se hubiera atrevido a llevarle la contraria a su terrible esposa!

Pero yo, que no le tengo a Sinforosa ni tanto así de miedo, os afirmo que estaba equivocada. Bonifacio se lo creía todo por candor natural y porque como él no acostumbraba a mentir, no sospe-



chaba que los demás mentían. Pero lo que se dice tonto, tonto no lo era; ¡y si no, al tiempo!

Un domingo Sinforosa había ido, según tenía por costumbre, al mercado del pueblo vecino a vender huevos y verduras. Bonifacio se había quedado, como siempre, guardando la casa.

En esto, llamó a la puerta un mendigo que pedía limosna, y Bonifacio, que tenía un corazón de oro, se apresuró a franquearle la entrada y a servirle un plato de sopa que estaba riquísima: como hecha por Sinforosa, pues es cosa harto demostrada que las mujeres de mal genio resultan casi siempre unas cocineras de primera.

Mientras el mendigo comía, Bonifacio le preguntó de dónde venía.

El mendigo —os lo advierto— era un redomado pillo que, enterado de la credulidad de Bonifacio, llevaba la intención de aprovecharse de ella.

—¡Uy! —exclamó—, vengo de muy lejos: del otro mundo.
Bonifacio se tragó el embuste como si tal cosa.

—Anda —dijo—; entonces puede que te hayas encontrado por allí a mi padre, que murió va para diez años.

—¡No he de habérmelo encontrado! —afirmó con aplomo el bribón—; como que no pasa día sin que vayamos juntos a llevar nuestros rebaños de golondrinas a paecer.

—Y ¿qué tal le va a mi padre en el otro mundo? —volvió a preguntar Bonifacio, sin mutarse por esta sarta de absurdos.

—Le va muy mal —dijo el mendigo—. No tiene dinero ni para tabaco y lleva las ropas hechas jirones. Tanto es así, que me ha recomendado que te lo diga y que le lleve, a la vuelta, cuanto me quieras dar para él.

No tuvo más que decir; ya Bonifacio, buen hijo, hacía un lío con sus mejores trajes y una bolsa en que iban sus ahorros.

—Llévale esto a mi padre y dale recuerdos —dijo.

—De tu parte —contestó el desvergonzado ladrón, que se marchó encantado.

Cuando Sinforosa volvió y se enteró de la aventura, le puso a su marido que no había por donde cogerlo.

—¡Simple, más que simple —gritó furiosa—, te has dejado robar las ropas y el dinero! Márchate de aquí y no vuelvas hasta que ha-

yas encontrado a alguien tan tonto como tú, lo cual te ha de ser más difícil que a un borrico llegar a emperador.

Y le echó a empellones.
El pobre Bonifacio se rascó apaciblemente la oreja derecha con la mano izquierda.

—Mi mujer exagera —murmuró—. Yo creo que deben existir personas más simples que yo. Veré la manera de encontrarlas.

Y echó a andar carretera adelante.
Andando, andando, llegó a un hermoso castillo. El dueño, que era todo un señor duque, había ido de caza, y entre tanto la señora duquesa, asomada a una ventana, se entretenía en mirar a una familia de cerdos que se solazaba en el patio.

Bonifacio se acercó al papá cerdo y, quitándose el sombrero, se inclinó con respeto ante el animal.

La duquesa, sorprendida por la singularidad de este espectáculo, llamó a su doncella.

—Ve —le dijo— y pregúntale a ese buen hombre por qué le saluda de ese modo al cerdo.

La doncella cumplió el encargo, y Bonifacio contestó:

—Saludo a este cerdo porque es un hermano de mi mujer y vengo a pedirle que sea el padrino de la boda de mi hija que se casa mañana. También invito a toda la familia cerduna para que asista a la ceremonia, siempre que tu ama, la señora duquesa, les de permiso para que vengan conmigo.

Cuando la castellana se enteró de estas palabras estuvo a punto de ahogarse de risa:

—¡Ja, ja, ja! ¡qué tonto es ese hombre! ¡Pero qué tonto! ¡Qué tonto! —no cesaba de decir entre carcajadas—. ¡Mira tú que tomar a un cerdo por un hermano de su mujer! ¡Pues y eso de invitar a mis cerdos a una boda! ¡ja, ja, ja!

Y tanta gracia le hizo la simpleza del aldeano que resolvió seguir la broma. Bajó al patio, y dirigiéndose a Bonifacio le dijo fingiendo seriedad.

—Ya que mi cerdo es cuñado tuyo, le doy permiso, así como a toda su honrada parentela, para asistir a la boda de tu hija. Pero no estaría ni medio bien que estos señores fuesen desnudos y... a pata.

Y ordenó a sus criados:

—¡Hola! que pongan al señor cerdo un traje de gala del duque y otro mío a la señora cerda. Que enganchen un tronco de caballos a un carro y que instalen dentro a esta noble familia cerduna.

Así se hizo, y montando en el pescante del carro, Bonifacio dijo con soña:

—Mañana, señora duquesa, mis invitados os contarán lo mucho que se habrán divertido en la boda.

Y, mientras la dama, la doncella y todos los criados se desternillaban de risa, Bonifacio y su carro desaparecían entre una nube de polvo.

Al poco rato el duque volvió de la caza y su esposa fue a su encuentro.

—Esposo mío —dijo—, he sentido que no estuvieras aquí hace un momento para que te hubieras reído conmigo. Figúrate que ha venido un labriego medio idiota y ha empezado a saludar a los cerdos...

Y le contó la historia de pe a pa.

—Bien me he burlado de este bobo



como ves —concluyó muy ufana por su ocurrencia—. ¿Qué te parece?

—Me parece —exclamó el duque muy enfadado— que eres una tonta y que ese supuesto bobo se ha burlado de ti. Ahora mismo parto en busca de ese aldeano que te ha robado los cerdos y los caballos, el carro y los trajes.

Y volviendo riendas a su corcel, se fue de estampía, dejando a la pobre duquesa con la boca abierta.

Bonifacio había llegado cerca de una selva cuando oyó el trote del caballo de su perseguidor; pero esta segunda parte del programa no le pillaba desprevenido.

Inmediatamente ocultó el carro con los caballos y los cerdos entre los árboles. Luego volvió a la entrada de la selva, se sentó en el suelo y puso su sombrero a su lado, sujetándolo con las dos manos con fingido cuidado.

Al verle, el duque se detuvo.

—Buen hombre —preguntó—, ¿habéis visto pasar, acaso, un ladrón con un carro tirado por dos caballos, en el que iban unos cerdos vestidos de persona?

—Ya hace rato que se internaron en la selva —contestó Bonifacio sin moverse ni soltar el sombrero que sujetaba. Y añadió—. Si vuesa merced pretende darles alcance, debo advertirle que esta selva es un laberinto y en ella se extravía todo el que no la conoce al dedillo..., como la conozco yo, por ejemplo.

—Entonces —dijo el duque— hacedme el favor de ir en busca de ese bribón y ya os recompensaré por la molestia.

—Lo siento, señor —declaró Bonifacio— pero mi amo me ha colocado aquí para guardar cierta paloma maravillosa, de plumas verdes y pico azul, que tengo encerrada bajo este sombrero, y si me apartara de aquí, se volaría.

—Id sin cuidado, que yo guardaré la paloma.

—¿Y si se escapa? No, no; yo de aquí no me muevo.

—Vaya, ¿cuánto vale el pájaro?

—Sus buenas cien monedas de oro.

—Pues si se escapa, os pagaré su precio.

—Eso lo dice ahora vuesa merced; y si luego no cumple su promesa, mi amo me molerá a palos y quien sale perdiendo es uno.

—Vaya, que sois desconfiado! Ea, tomad las cien monedas de oro en prenda de la paloma.

Y mientras que Bonifacio desaparecía con el dinero, el duque se sentó en el suelo, en su lugar, con las manos cuidadosamente colocadas sobre el sombrero.

Se le pasaron las horas muertas y nada llegaba; por fin, el pobre duque empezó a impacientarse y, siquiera para distraerse, quiso ver la paloma maravillosa de las alas verdes y el pico azul.

Con toda clase de precauciones levantó el sombrero de Bonifacio y... no encontró pájaro alguno, pero sí un papel que decía:

Nadie se tenga por listo,
porque se pudiera dar
que al más listo le engañase
el más tonto del lugar.

Confuso y más corrido que una mona el pobre duque volvió a su casa, donde la duquesa, enterada de todo, le hizo una gran reverencia y le dijo riendo:

—Te felicito, amigo, por lo bien que arreglas mis tonterías.

Entre tanto, Sinforosa, a quien ya se le había pasado la cólera, hilaba tristemente en su casucha y murmuraba:

—¿Qué hará ahora el simplón de mi marido? ¿Cuántas veces le habrán engañado? ¿Cuántos pillos se habrán burlado de él?

En aquel momento sonaron en la puerta grandes golpes y Sinforosa corrió a abrir. Se encontró con el propio Bonifacio, triunfalmente encaramado en el pescante del carro y agitando una bolsa llena de oro, mientras detrás de él asomaban, gruñendo, los cerdos, elegantemente vestidos.



—¡Jesús! —exclamó la buena mujer juntando las manos— ¿De dónde has sacado tú todo eso?

—Lo he conseguido a fuerza de engaños y embustes —contestó tranquilamente Bonifacio.

Y contó sus aventuras, demostrando que a él le hubiera sido tan fácil como a cualquiera mentir y embaucar a los demás... de no haber sido tan bueno y honrado como era.

Porque ha llegado el momento de tranquilizaros respecto a Bo-



LINAGE.

nifacio, que si había dejado de parecer tonto, no por eso dejaba de seguir siendo tan honrado como antes.

Y la prueba es que ni por un momento pensó quedarse con unas riquezas tan mal adquiridas.

Al día siguiente, el duque y la duquesa se hallaban almorzando, repuestos ya de todas sus emociones, en el espléndido comedor de su palacio.

—Estas perdices en escabeche están riquísimas —decía el duque.

—Cierto —añadía la esposa—. Tan buenas están que por la primera vez de mi vida me ha pasado por la cabeza la tentación de mojar pan en la salsa, cosa a la cual se opone mi esmerada educación.

—Nuestro nuevo cocinero... —prosiguió el duque.

Pero en este momento se interrumpió, pegó un puñetazo formidable sobre la mesa y se levantó de un salto.

—¡Rayos y bombas! —rugió.

—¡Cielos! —exclamó la duquesa alarmada—. ¿Qué os sucede, esposo mío?

—Que por allí viene... viene... viene... —balbuceó el duque señalando hacia el camino que se divisaba desde la ventana.

—¿Quien? ¿Acaso un ejército enemigo?

—Peor, mucho peor. El que viene es... es... es...

La sorpresa, la rabia y la indignación le ahogaban; en aquel instante la puerta se abrió y Bonifacio apareció en el umbral. La duquesa, al verle, lanzó un grito agudo.

—¡Miserable! —gritó el duque—. ¿Vienes de nuevo a engañarnos, a embaucarnos, a robarnos?

—Vengo —contestó Bonifacio inclinándose— a devolver cuanto me llevé y no me pertenece.

Y ante el asombro de los castellanos, Bonifacio les devolvió todos sus haberes, carro y caballos, trajes, cerdos y dinero.

Y el duque, no menos entusiasmado por su honradez que admirado por su ingenio, le perdonó la broma, rió de buena gana y acabó tomándolo a su servicio y nombrándole intendente general de sus posesiones.

Desde aquel día Sinforosa se amansó notablemente y no volvió a llamar tonto a su marido.

Y colorín, colorín,
este cuento ha dado fin.

EL GATO CON BOTAS.



Camera y Pathe-Baby

EL CINE DE FAMILIA
A PLAZOS Y AL CONTADO
PELIGROS, 14 Y 16 MADRID

Ayuntamiento de Madrid



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

POR E. SALLGARD

(Continuación.)

es, querido señor Riberac, que de pronto habéis reconocido al canadiense? Os habéis vendido.

El traficante se mordió los labios con rabia. Cabeza de Piedra prosiguió:

—Decidme, pues, cómo es que de repente habéis recordado las relaciones que tenéis con este hombre.

—¡Idos con mil diablos! Estoy en mi casa —rugió el canadiense, echando espuma por la boca; tal era su furor—. Como no os marchéis haré que vengan los indios y os arranquen la cabellera.

—¿Y cómo los avisaréis?

—Tengo en estas barricas algunos tambores que pensaba venderles a los ingleses, y cuyo redoble es bien conocido de los hurones.

—¡Como que os íbamos a dejar que los toquéis! Rendíos. Yo tomo posesión de vuestra casa en nombre del general Washington, quien me tiene concedidos plenos poderes.

—Vuestro general es un ladrón.

—Cerrad el pico, querido señor Riberac, y dejadnos atar, no vayáis a escaparos.

—¿Atarme?

—Luego os meteremos en una de esas cubas.

Reservamos a Jor idéntico alojamiento.

El traficante, lívido de cólera, inició otro movimiento hacia los fusiles; pero Petifoque, rápido cual una centella, le detuvo de nuevo.

—Bandidos —rugió—, y yo que os he acogido como amigos.

Cabeza de Piedra soltó una ruidosa carcajada.

—Como amigos... —exclamó— para entregarnos luego a los ingleses. Son amistades de las que más vale prescindir.

Durante este diálogo el canadiense no había pronunciado una palabra ni se había movido siquiera cuando el tratante solicitó su ayuda. Inmóvil, junto al fuego, permanecía atento solamente a secarse y parecía resignado a su destino. Verdad es que no llevaba arma ninguna que pudiera serle de utilidad en la lucha.

—Wolf, Ulric, acercad dos cubas de las más grandes.

Los dos alemanes arrojaron sus cigarras, ataron al canadiense las manos a la espalda a fin de que no pudiera aprovechar la ocasión para intentar algún golpe de audacia, y se deslizaron hacia el extremo del almacén, abriéndose camino entre las cajas y los rollos de pieles, que tiraban por alto.

El traficante se había dejado caer en una piel de oso que había detrás de la mesa, en el suelo, y, con la cabeza cogida entre las manos, murmuraba sin cesar:

—¡Asesinos! ¡Bribones!

Petifoque, que estrechaba entre sus manos un fusil, cogido del armero, lo vigilaba, sentado en una caja.

—No os apuréis, señor de Riberac —dijo Cabeza de Piedra—; no somos feroces, sino, por lo contrario, buena gente.

¿Queréis beber un vasito de vuestra excelente ginebra, para reponeros?

—¡Idos al infierno!

—Todavía no, querido señor mío. Primero tenemos que hablar. ¿Podéis decirnos dónde están ahora los ingleses?

—Yo no he salido de aquí; nada sé.

—Decidme, pues, cómo y dónde habéis conocido a Jor.

—Nos encontramos un día a orillas del lago, durante una partida de caza.

—¿Cuándo?

—Hace lo menos un año.

—¿Y a Davis, el mestizo que guiaba nuestra barca?

—No le conozco; su nombre nada me recuerda.

—No os creo.

El traficante se levantó, se sentó junto a la chimenea, en una caja vacía, y dijo al cabo:

—Es cierto; también he conocido a ese espía de los ingleses.

—¿Dónde?

—En estas costas.

—¿Quién os lo ha presentado?

—El marqués de Halifax.

—Entonces, ¿el lord ha estado ya por esta parte del lago?

—Sí, para prepararnos un lazo.

—¡Por todos los campanarios de Bretaña...! La tiene tomada conmigo ese gran señor, por lo que se ve. Señor Riberac, no olvidéis que soy francés, que vuestro padre también lo era y que por vuestras venas corre sangre francesa.

Una rápida conmoción alteró el rostro del traficante, cada vez más pálido.

—Mi padre murió en Montreal combatiendo a los ingleses —dijo finalmente—. Una bala de cañón lo partió por la mitad —agregó con voz sorda.

—¿Y os habéis arrojado así en los brazos de los matadores de vuestro padre...?

¿Vuestro corazón no ha palpitado nunca al ver los tres colores de la bandera de Francia?

—Quizás..., pero entonces yo era un muchacho y la guerra había arruinado a mi familia; yo me he visto precisado a ceder ante el oro inglés para no morir de hambre. Todos los canadienses han tenido que sucumbir a la ferocidad del leopardo de Europa si no querían ver sus casas arrasadas.

—¿Y por qué cuando el bravo Washington mandó a Arnold a esta comarca habéis permanecido quietos en vez de coadyuvar a la libertad americana? Aquí se venía a liberaros del pesado yugo de Inglaterra.



Gran Variedad en
JUGUETES

GRAN VIA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO

Ayuntamiento de Madrid

—Estábamos demasiado aterrorizados y las horcas tenían excesivo trabajo con todos aquellos que osaban hablar de Washington. Las poblaciones de Quebec y Montreal han visto a muchos franceses mover las piernas en el vacío con la lengua fuera. ¿Es verdad, Jor?

—Sí —respondió el canadiense.

—Volvamos a lo nuestro —dijo Cabeza de Piedra, tirándose con furia de las barbas—. ¿Es Davis quien ha preparado todo para perdersnos?

—Quería solamente hacerse dueño de dos cartas que vos debíais llevar a Arnold y a Saint Clair, inmovilizándoos en mi casa.

—Hasta que los ingleses vinieran a colgarnos —dijo el bretón con ironía.

El traficante creyó oportuno guardar silencio.

Cabeza de Piedra cargó su famosa pipa, encendióla, lanzó al aire tres o cuatro bocanadas de humo denso y continuó:

—¿De modo que se nos esperaba aquí?

—Todo estaba dispuesto para impedirnos llegar a Ticonderoga.

—Pero, ¿Davis ha muerto?

—No le he vuelto a ver.

—¿Y tú, Jor?

—Tampoco —respondió el canadiense—. Yo abandoné la barca mucho antes de la voladura. Cuando me arrojé al agua, Davis hacía fuego contra vosotros desde lo alto del mastelero.

—¿Y por qué has huido?

Acaso porque la sangre francesa se reveló en mi interior. Me repugnaba servir a ese bruto de Davis, un mestizo con muy poca sangre blanca en sus venas. Viendo que trataba de asesinaros, me separé de él.

—¿Y tus otros dos compañeros?

—No sé nada de ellos, os lo juro. Quizás se hayan ahogado con el maldito mestizo, que nos había arrastrado a todos a la más infame de las traiciones. El lago estaba agitado por oleadas furiosas, y ni siquiera me explico cómo he podido llegar a la costa vestido como estaba.

—¿Y te has refugiado aquí?

—No lo niego; he huido por el pasadizo secreto temiendo que me matarais.

—Petifoque —preguntó el viejo bretón—, ¿qué harías tú?

—Prender fuego al fortín y ponerme en marcha para Ticonderoga.

—¿Sin barcas?

—Iremos por tierra.

—Y perderemos mucho tiempo —dijo Cabeza de Piedra—. Llegaremos al fuerte demasiado tarde para advertir a los dos valerosos comandantes del nubarrón que se les viene encima. Señor Riberac, ¿qué nos aconsejáis que hagamos?

—No moveros de aquí —repuso el traficante—. Como os he dicho, los pieles rojas, y lo sé con toda certeza, están en camino hacia el lago para unirse con los ingleses. De modo que caeríais pronto en sus manos, tanto más cuanto que también he sabido que el marqués de Halifax ha prometido un premio importante a quien os capture.

—¿Y si nos vienen a cercar?

—Os esconderemos dentro de aquellas grandes cubas, y como tengo amistades entre los *sakem* hurones, no creo que me sea difícil persuadirlos de que no os halláis aquí.

—¿Nuestro paso, por lo que decís, ha sido señalado a los indios?

—Así es, en efecto.

—¿Por quién?

—Por los agentes del marqués.

Cabeza de Piedra se tiró de las barbas con ira.

—¡Vaya una misión peligrosa! —dijo—. Sin barcas no nos

será posible llegar nunca al fuerte. ¿No hay posibilidad de procurarnos una?

—En este momento, no; pero quizás podríais apoderaros de alguna chalupa de la nave inglesa que ha disparado hace poco.

—¿Y de qué modo? No somos bastante fuertes para intentar un abordaje.

—Dentro de poco, cuando se calme el temporal, vendrá aquí un agente o un oficial del marqués, acompañado, de seguro, por algunos marineros.

—¿Lo esperábais, pues?

—Sí, os lo confieso.

—¿Para darles informes sobre nosotros?

—Precisamente.

—Regocíjate, Petifoque; nos hemos convertido en personas importantes.

Un nuevo cañonazo retumbó en el lago.

—Tendré que responder —dijo el traficante—. Debo hacer tres disparos de fusil, que es la señal convenida.

—¿Y si no contestaseis?

—¡Oh, vendrían de todos modos para pedirme noticias de la barca que tripulabais!

—¡Cuerpo de trescientos campanarios...! ¡Está visto que quieren cazarnos! Pero los bretones somos siempre bretones y no nos dejaremos cazar como ánades.

Los alemanes habían acercado dos cubas gigantescas y las habían abierto, sacando de su interior varios tambores enormes, como se usaban en aquella época.

Al ver los instrumentos, Cabeza de Piedra no pudo contener una sonrisa.

—Nos servirán —dijo—. Una vez abordé un navío con cuatro tambores solamente; pero los cuatro muchachos que redoblaban eran fuertes y sueltos de mano. ¡Ja, ja! Ya tengo pensado el chasco que he de dar a los ingleses para quitarles la chalupa. Batiremos una carga endiablada y les haremos huir sin darles tiempo a embarcarse. Pero necesitamos también ar-

mas de fuego y municiones, señor Riberac. Estamos dispuestos a pagarlas.

—No hace falta; sois franceses y debo pagar como es justo la mala acción que he cometido en unión de los canadienses de Davis. Tengo excelentes carabinas inglesas y pistolas de mucho alcance, y pongo todo ello a vuestra disposición.

—Sois un traficante generoso —dijo Cabeza de Piedra.

Riberac sonrió melancólico, y contestó:

—No olvido que hubierais estado en vuestro derecho mántandome generosidad por generosidad. Seguidme.

Se aproximó a un cajón voluminoso, lo abrió y mostró a los dos bretones carabinas y pistolas de fabricación inglesa, a no dudarlo, las mejores de aquel tiempo, con las municiones correspondientes, hábilmente dispuestas en grandes cuernos de bisonte y saquitos de piel oscura.

—Un pequeño arsenal —dijo Cabeza de Piedra, eligiendo sin vacilar—. Armas de verdadera precisión: de esto entiendo un poco. ¡Vamos, Petifoque, y vosotros también, hessianos; no perdamos el tiempo, que los ingleses estarán aquí de un momento a otro! ¡Ah!, ¿y por qué parte entrarán?

—Por la puerta.

—¿No conocen el pasadizo secreto?

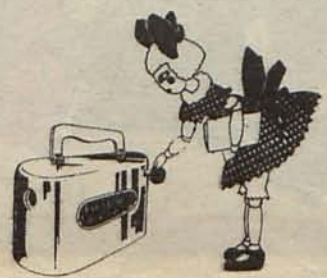
—No; solamente los canadienses lo conocían.

—Entonces llevaremos estos tambores a la galería. Nos servirán de mucho. Carguemos nuestras armas y esperemos la visita de los ingleses. Petifoque y yo nos ocultaremos tras los barriles y los rollos de pieles para vigilar de cerca a esa

(Continuará en el número próximo.)



PENAGÓ XXV



BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO
CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS 20.757.452
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LÍMITE DE 10.000 PESETAS ABONÁNDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL
TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRÁ DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HÚCHA DE AHORRO, QUE DEBERÁ DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REPEJAS 25 PESETAS



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y DON TURULATO



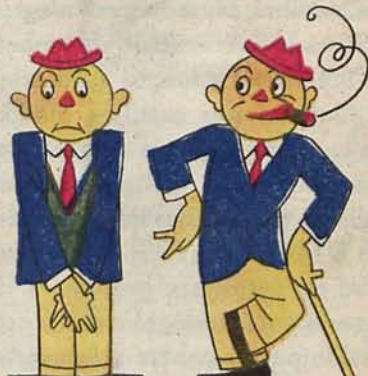
ALELUYAS DE DOS HERMANOS GEMELOS



Nacen juntos a la vez,
pegando feroces gritos,
Pepe González y Andrés.



Como son los dos iguales,
se hacen en su casa un lío
al mudarlos de pañales.



De mayores, Pepe es bueno,
obediente y educado,
mientras que Andrés es un trueno



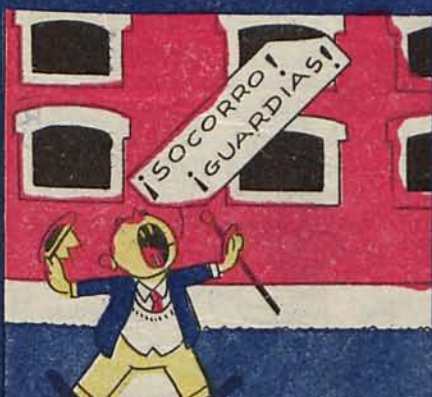
Aunque el buen Pepe es un ángel,
porque Andrés comete un timo
a él lo meten en la cárcel.



Y no valen sus gemidos,
porque todos los civiles
con Andrés lo han confundido.



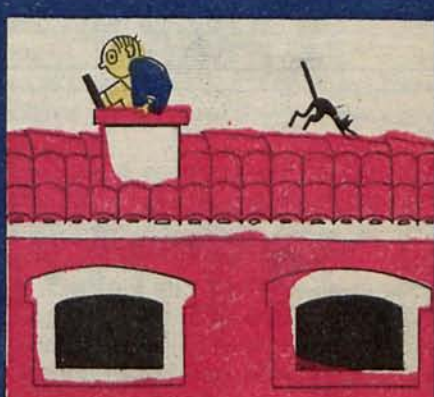
Pero Andrés no es inhumano
y discurre una manera
para salvar a su hermano.



De fuera de la prisión
empieza a pegar chillidos
para llamar la atención.



Y creyendo que es el preso
salen corriendo los guardias;
pero él se la da con queso.



Aprovecha la ocasión
Pepe para escabullirse
y salir de la prisión.



Viven entonces felices
los dos hermanos gemelos
hinchándose de perdices.



Y es tan grande el atracón,
que uno de los dos muchachos
failece de indigestión.



Y el vivo queda asustado,
pues no sabe si el que ha muerto
es él mismo o es su hermano.

Lopra Rubio

¿SABEIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

¿POR QUÉ SE VE ANTES EL RELÁMPAGO QUE SE OYE EL TRUENO?

Os habrá causado gran alegría ver en las fiestas populares el lanzamiento de cohetes y la contemplación de luminarias y fuegos artificiales.

¡Qué bonitos castillos dibujan las luces de variados colores; qué ruedas girando vertiginosamente y dando estampidos que amedrentan o hacen prorrumpir a la multitud en entusiasta gritería. Y de cuando en cuando, el silbido producido por el cohete al elevarse, el cual al llegar a cierta altura estalla y se desgrana en chispas de bellísimos tonos de luz. Y entonces habréis podido daros cuenta de que media un cierto tiempo entre la explosión del volador o cohete en lo alto y el ruido de la detonación.

Así ocurre, también, en las tormentas. Al saltar el

rayo o chispa eléctrica entre dos nubes o entre una nube y la tierra, percibís, primero, una intensísima luz

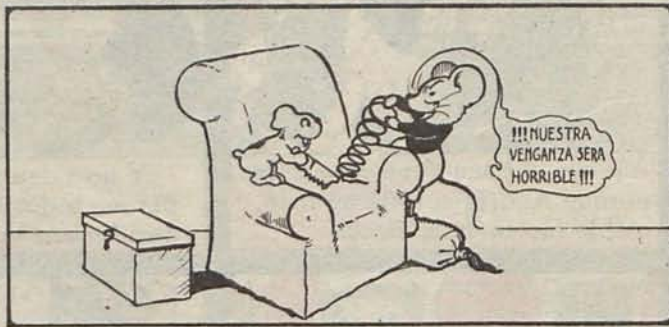
blanca, tan fuerte, que puede dejaros ciegos, y luego, a los pocos segundos, el ruido espantoso del trueno. De esta diferencia entre la percepción del relámpago y del trueno se deduce que la luz va más a prisa que el ruido, es decir, que la velocidad de propagación de la luz es mucho mayor que la del sonido.

Por esa misma razón visteis los colorines del cohete antes de oírle estallar.

Sabed que la velocidad del sonido es, próximamente, de trescientos metros por segundo, y de trescientos millones de metros la velocidad de la luz.—ARCONTE.



HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESO



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS
y libros para niños y toda
clase de lecturas morales

Arquitectura de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

LA PERDIZ DE MADERA

(HISTORIA DE CAZA)

¿Habéis visto alguna vez esas perdices de madera, muy barnizadas, muy relucientes, que hay en las tiendas de objetos de caza? Sus ojos son como dos cabezas de alfiler. Sirven para reclamo, para que otras perdices vengan a darle conversación y el cazador pueda matarlas tranquilamente.

El señor Pérez, cazador primerizo, compró una perdiz de madera en la tienda.

Parecía de verdad, con sus plumitas blancas a los lados, orladas de negro como las esquelas, con sus patas rojas y delgadas, como bigotes de langosta cocida, con su cola puntiaguda, con todo lo que tiene una perdiz de verdad.

En casa, el señor Pérez colocó la perdiz de madera en el comedor. Era como un bodegón de bulto. La familia del señor Pérez sintió que aquella noche cenaba perdiz, como cuando uno se come, de pasada, todo el escaparate de la confitería.

A la mañana siguiente, el señor Pérez salió de caza, en traje de cazador, sin que le faltara un detalle. La familia le despidió asomada al balcón.

El señor Pérez llevaba al brazo su perdiz de madera, y durante unas horas, en el tren, por el camino y en el coto mismo, la llevó, hasta que encontró un puesto bien situado y colocó la perdiz de madera. Después se

fue a ocultar entre unos matorrales y esperó. Fue cosa de minutos. Primero una perdiz; luego, dos; después, tres, cinco, doce, veinte... El sol se nubló de tanta perdiz como se le ponía delante. El señor Pérez, asombrado, no acertaba a disparar.

Llegaron perdices por docenas, por medios cientos, y se colocaban muy quietas, unas junto a otras.

El señor Pérez disparó a boca de jarro. No desperdiciaría ni un perdigón.

Rodaron tres perdices; y unas, empujando a otras, como cuando ponemos en fila y en pie las fichas del dominó y volcamos la primera, todas las perdices cayeron patas arriba.

Salió el señor Pérez de su escondrijo de cazador y llegó hasta todas las perdices yacentes.

Cuando tomó en sus manos la primera, su estupor fue enorme. ¡Todas, todas las perdices eran de madera, iguales a la de reclamo que él había comprado el día antes!

Al reclamo de la perdiz de madera sólo habían acudido perdices de madera, de la misma especie. A las de verdad ya no se las engaña tan fácilmente.



PINGÜINO SIN FRAC

Por la isla de los pingüinos corrió la noticia como un reguero de pólvora. Los señores de Gómez habían tenido un pingüinito completamente blanco.

Todos los pingüinos llevan su frac sobre la espalda. Esto les da cierta elegancia y los coloca en un elevado nivel de aristocracia. Con sus fraques acuden los pingüinos a las reuniones, a los tés de moda, a las partidas de pesca y a todas las demás ocupaciones en que reparte el día la buena sociedad pingüina.

Aquello era terrible. Todo el mundo lo sintió muchísimo, porque los de Gómez eran muy apreciados. Pero el tener un hijo sin frac, sobre ser un caso muy poco natural era un conflicto de etiqueta.

¿Dónde se iba a permitir la entrada a aquel pájaro bobo que no iba de etiqueta, como sus compañeros? Era imposible. Aquel pingüinito se tendría que quedar a la puerta de todas partes, sin que nadie se tratase con él y sin que ninguna pingüina bien se casase nunca con él.

Cuando aquel pingüinito fue mayor y tuvo edad de entrar en sociedad, sintió todo el peso de su desgracia de ser completamente blanco, de ir vestido de

diario y sufrir el desprecio de sus semejantes. Pensó en suicidarse; pero se convenció de que eso es una cosa muy fea y de que en la vida hay que imponerse por el talento y suplir con él todos los defectos.

Alejado de la gente, pensó una solución para su desgracia. El no podía seguir blanco toda su vida.

Hasta que encontró el truco salvador. Fue a una tienda y compró unos tarros de pintura. Luego, en casa, abrió uno y metió un pincel.

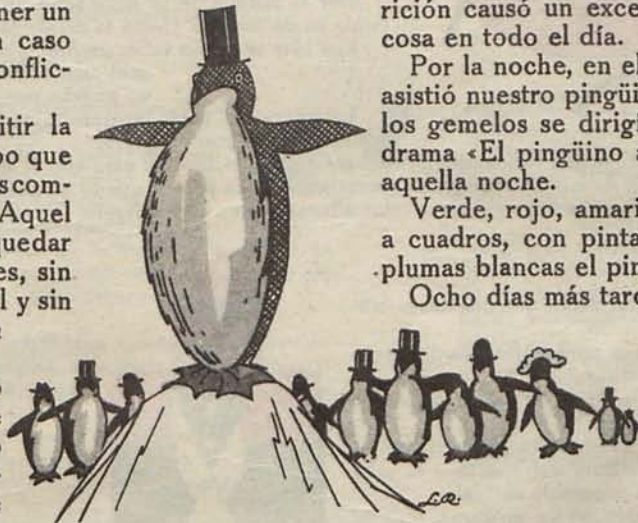
Al poco rato se presentaba en el paseo de los pingüinos con un frac azul que tiraba de espaldas. Su aparición causó un excelente efecto. No se habló de otra cosa en todo el día.

Por la noche, en el Teatro Polar (martes de moda), asistió nuestro pingüino con un frac anaranjado. Todos los gemelos se dirigían a él, y nadie se enteraba del drama «El pingüino agonizante», que se representaba aquella noche.

Verde, rojo, amarillo, chocolate, morado... a rayas, a cuadros, con pintas... así, sucesivamente, vistió sus plumas blancas el pingüino sin frac.

Ocho días más tarde sus papás pedían para él la mano de la pingüina más rica de toda la isla, la hija del marqués de Avefría, que se había vuelto loca por su tipo y su elegancia.

La boda se celebrará en breve.



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

PERRITO XAUDARÓ

Pelíeros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

¿Os acordáis del cuento llamado *El general Bum-Bum y el general Chin-Chin*, que se publicó en el último número de «nuestro» PINOCHO?

Qué gracia tenía, ¿verdad? A mí lo que más me ha encantado ha sido el postín que se daba el generalote de madera, y luego resultaba que él y su ejército no eran sino un juego de bolos.

Y me ha sucedido lo de siempre: que cuando veo o leo algo que me gusta —y muchas más veces también— me acuerdo de vosotras.

Y me he dicho: «

—Les voy a presentar a mis lectorcitas un juego de bolos por el estilo del ejército del general Bum-Bum.

Y aquí le tenéis.

Claro que es algo distinto; aunque una sea una muñeca, le gusta poner en todo su miaja



de gusto personal. Este juego es un pelotón de quintos que me atrevería a afirmar, por lo flamante de sus uniformes, que son de cuota, aunque por la expresión, un tanto bobalicona de sus caras respectivas, más bien parecen del pelotón de los torpes.

Ni que decir tiene que este juego se hace con la mayor facilidad del mundo, «vistiendo» con unas pinceladas unos modestos tarugos de madera.

Os aconsejo que os encarguéis personalmente de esta labor pictórica.

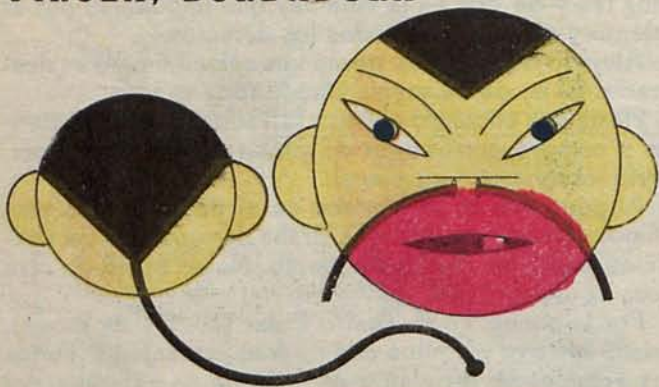
Primero, porque seguramente lo haréis muy bien.

Y segundo, porque así comprobaréis cuán divertido y fácil resulta figurar una mano enguantada con un semicírculo y cuatro rayas, ojos y mejillas con cuatro lunares y, con un ángulo recto, una nariz.

Y demostradas así, una vez más, vuestras aptitudes artísticas, duro y a lanzar la bola ¡pim! ¡pam! con fuerza y habilidad.

□ □ □

PIRULA, BORDADORA



Desde que tengo el gusto de conoceros —ya sé que me vais a interrumpir para decir «el gusto es nuestro», os agradezco en el alma la cortesía— este es el primer almohadón que os presento.

No me negaréis que este chino, si como persona es de un feo subido, como almohadón es una verdadera preciosidad.

Se hace, naturalmente, juntando en la forma que indica el dibujo tres trozos de tela: uno negro, uno amarillo y uno encarnado.

En el trozo amarillo y en el rojo se abren unas rendijas que no son sino grandes ojales hechos con algodón o seda, en negro.

Por la rendija de la boca se ve un trozo de tela negra, sobre cuyo fondo es de un gran efecto el diente bordado en blanco.

Los ojos se abren sobre un fondo blanco, y en el centro bordaréis en azul unas niñas que, por muy bien que os salgan, no podrán nunca ser tan bonitas como vosotras.

La coleta y el caído mostacho que pasa por los pequeños «ojales» de la nariz son de cordón negro.

Ya terminado el almohadón, solamente queda rellenarlo. Si me hacéis caso, utilizaréis para ello el serrín de corcho. De algún tiempo a esta parte el serrín de corcho reemplaza generalmente a la pluma, que se ha puesto por las nubes. Nada de sorprendente tiene que la pluma se haya subido a tales alturas; ¡como es tan ligera!

PIRULA, MUEBLISTA

Estamos enmilitarizadas, el desenmilitarizador que nos desenmilitarizare...

Se me ocurre este pequeño trabalenguas, porque después del juego de bolos, os ofrezco adjunto un nuevo militar.

Este es mi bravo amigo D. Toribio (le llamo así; pero si queréis darle otro nombre, yo no me opongo a ello).

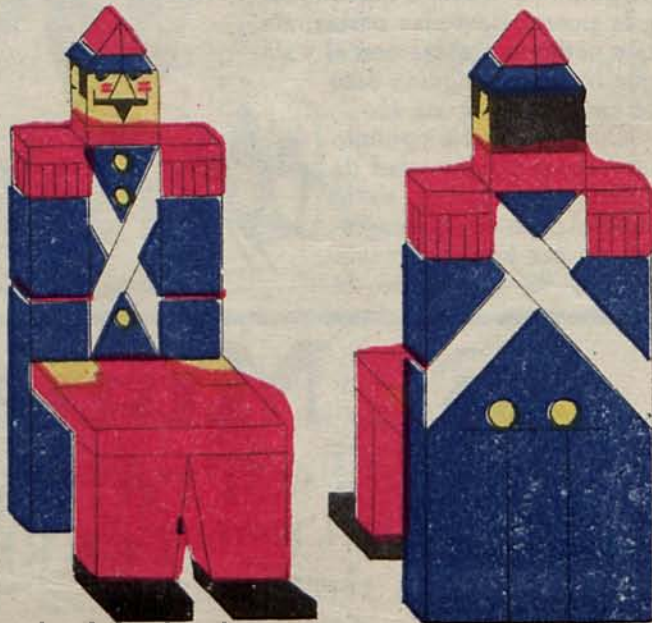
Os advierto que a pesar de sus magníficos mostachos erizados —se los envidiaría el propio general Bum-Bum del cuento— es muy buena persona y os acogerá siempre con impasible cortesía.

Además es tan robusto D. Toribio, que no ya nosotras, sino el propio presidente del «Club de los Cien kilos» podría sentarse encima de él sin hacerle proferir el más leve gemido, quiero decir crujido.

Sin duda no ignoráis que este «Club de los Cien kilos» es un círculo que existe en París, y a cuyos asociados para ser admitidos se les impone la condición precisa de pesar cien kilos... ¡por lo menos!

Como que no hay asiento que se les resista; en cuanto se sienta uno de estos señores, ¡jrac! la silla o la butaca o lo que sea se rompe, y el pobre señor cae al suelo, y aun, según tengo entendido, bota cual balón de caucho.

Volviendo al bravo D. Toribio, no necesito decir que su fabricación resulta tan fácil como barata, pues bastan para ello unas tablas ordinarias y unos botes de pintura.





EL TEATRO DE PINOCHO

EL CUENTO DE LA BUENA PIPA

COMEDIA INFANTIL, EN TRES CUADROS

(Continuación.)

un cuadro colgado en la pared y en que aparece un mar con un barco, una señora y un perro. Sin embargo... ¿si será verdad? No, no puede ser... ¡Bah! Por probar nada se pierde. Va al cuadro, que estará colgado muy bajo para que Pototo lo oculte a los ojos del público durante la escena que sigue. Voy a correr el cuadro... Pues la moldura sí que está; estoy temblando... Apenas me atrevo a oprimir el resorte secreto... Lanza un grito. ¡Ah! Ya está aquí el hueco... A ver qué hay dentro... Finge que mete la mano y lanza otro grito. ¡Una caja! Pausa. Pototo, vuelto hacia el público, enseña la caja que ha podido coger de cualquier sitio. Queda inmóvil con la caja entre las manos; es una caja de hojalata por el estilo de las que encierran almendras de Alcalá. ¡Qué emoción! Esto es más emocionante que el cine. Abre la caja y queda mudo de estupefacción mirando su contenido, con los ojos desorbitados. Y murmura: ¡Oro! Mucho oro... Muchas monedas de oro. Maneja las monedas entre los dedos, cogiéndolas a puñados y dejándolas caer con ruido argentino. ¡Cuántas! ¡Cuántas...! Y de pronto empieza a saltar como un loco. ¡Un tesoro! ¡Una fortuna! ¡Ya soy rico! ¡Ya soy rico!

CUADRO III (y último)

(En escena, Pototo y Chelín, sentados en sendas butaquitas o sillitas, uno al lado del otro. Chelín, con cara de asombro, escucha a su hermano, que, inclinado hacia ella, le habla con aire misterioso.)

POTOTO. (Como prosiguiendo un relato empezado.) ¡Tú figúrate entonces mi alegría!

CHELÍN. ¿Y dices que las contaste y había...?

POTOTO. ¡Ciento cincuenta y cinco, todas de oro!

CHELÍN. (Con admiración.) ¡Qué barbaridad! ¡Eso es una fortuna! Por lo menos deben de ser treinta y tantas pesetas.

POTOTO. ¡Bueno! ¡Y más de mil también!

CHELÍN. ¿Y luego, qué hiciste?

POTOTO. Pues luego he pasado unos días horribles.

CHELÍN. (Estupefacto.) ¿Cómo horribles?

POTOTO. (Con airecillo de superioridad.) ¡Ay!, Chelín, bien se ve que tú nunca has poseído un tesoro. No sabes lo que eso preocupa y fastidia. ¡Se pasa cada susto! Como que ya ni duermo tranquilo con el miedo que tengo a que me lo quiten. De noche me despierto a todas horas creyendo oír ruido de pasos y que vienen ladrones a matarme para robarme mi fortuna.

CHELÍN. ¡Ay, Pototo, qué miedo!

POTOTO. No te apures, boba, que tengo bien tomadas mis precauciones. Mira, todas las noches, al acostarme, meto debajo de mi almohada mi pistola cargada, y tengo siempre una caja llena de fulminantes en el cajón de la mesilla.

CHELÍN. Tranquilizada. ¡Ah! así, menos mal. Pero, bueno, ¿y ese dinero? ¿Dónde lo tienes guardado?

POTOTO. Esa ha sido otra de mis preocupaciones; no quise volverlo

a meter en su escondite porque me parecía que, lo mismo que un día lo encontré, podía no encontrarlo ya al día siguiente...

CHELÍN. Convencida. Claro, claro. ¿Y entonces?

POTOTO. Entonces, lo vengo cambiando de sitio todos los días; ahora he encontrado un escondite estupendo, que es la tripa de mi caballo de cartón. Ya sabes que tiene un roto en el lomo; por ahí meto el tesoro, luego coloco la silla encima y ya está.

CHELÍN. ¿Y qué vas a hacer con él?

POTOTO. Gastármelo todo en seguida.

CHELÍN. ¿Tú solo? ¿Cómo? ¿En qué?

POTOTO. Pues esa es la gracia. ¿Sabes lo que he hecho? Con aire de triunfo. He comprado regalos para toda la familia; es decir, los he encargado y ahora los traerán, y los pagaré.

CHELÍN. ¿Regalos?

POTOTO. Sí, mira; como yo no salgo todavía solo...

CHELÍN. (Riendo.) No, ni todavía, ni en bastantes años de aquí.

POTOTO. (Ofendido.) De todos modos me falta uno menos que a ti. Y además no me interrumpas para decir tonterías. Como no salgo solo, pues me he colgado del teléfono y he encargado a la casa Fulánez...

CHELÍN. ¿La tienda donde papá y mamá compran todos los regalos que hacen para Navidad?

POTOTO. La misma. He encargado, en nombre de papá, unas cuantas cosas.

CHELÍN. Con curiosidad. ¿Qué cosas, oye?

POTOTO. Pues verás: para papá una pitillera con sus iniciales de oro; para mamá una polvera de plata; para mademoiselle un bolsillo; para Tito Pufo una caja para el tabaco; para ti...

CHELÍN. Anhelante. ¿Para mí?

POTOTO. Para ti, un costurerito precioso.

CHELÍN. ¡Ay qué bueno eres! ¡Muchas gracias! ¿Y para ti, Pototo, no has encargado nada?

POTOTO. Modestamente. Sí, algo también; un juego de escritorio completo, con su carpeta, secante, cor-tapapeles y tintero, y todo un «neceser» de viaje completo, con sus cepillitos, frasquitos, peñecitos y todo; un juego de «mah-jong» completo, con sus «cuatro vientos», sus fichas, sus cajoncitos y todo. ¡Ah! y también un pisapapeles de gala...

CHELÍN. ¿De gala? ¿Y otro de diario?

POTOTO. No, de galalita.

CHELÍN. ¿Y cuándo lo van a traer?

POTOTO. Dentro de un momento, cuando estén aquí todos. ¡Tú figúrate qué sorpresa!

(Continúa en el número próximo.)



APARATOS Y DISCOS

Odeon

A PLAZOS

Preciados 1
Peligros 1/2

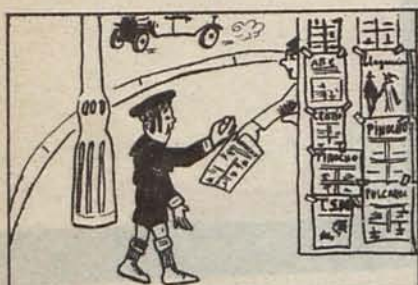
Y AL CONTADO



Madrid

Ayuntamiento de Madrid

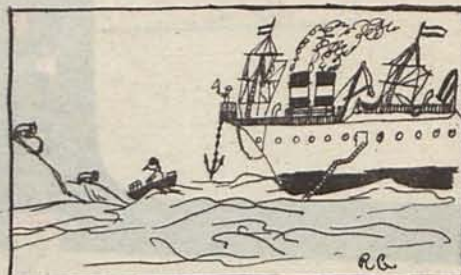
COLABORACION INFANTIL



Los cuentos y el folletín lee primero Periquín.



Desde que compra PINOCHO Periquín se ha vuelto chocho.



Desembarco de PINOCHO en el Polo Norte.

R. G.

Nueve años. Barcelona.



Más se le corta la risa por no mirar donde pisa.



Le hace pasar muy buen rato la historia de Turulato.

G. S. S.

Doce años. Madrid.



El baño de mi hermanita Pili.

ENCARNITA RÚA.

Ocho años. Almansa.

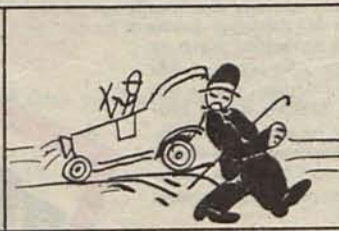
DON RUPERTO ES MUY DESGRACIADO



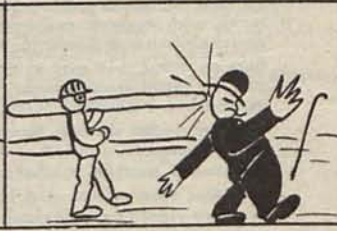
Don Ruperto ha estrenado un magnífico traje, y como hace buen tiempo piensa lucirlo en el paseo.



Y lleno de orgullo pasea por que todo el mundo le mira.



Pero un auto le salpica de barro y empieza a perder el buen humor.



Y por si era poco, un obrero le pega con una viga en el cogote.



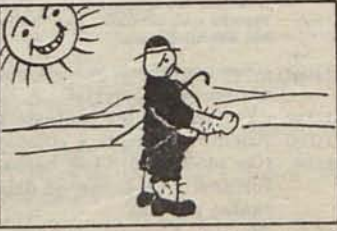
De pronto nota que se nubla el sol y caen cuatro gotas.



Que pronto se convierten en un buen chaparrón.



Y éste en un copioso aguacero.



Y cuando cesa de llover y sale el sol, ve con asombro como encoge su traje al irse secando.

RAMÓN LEDESMA.

Once años. Madrid.



La vendedora de globos.

ANGELITA GARCÍA.
Diez años. Pamplona.

A NUESTROS COLABORADORES

Paciencia, compañeros, paciencia. Son tantos los trabajos que recibimos, que no hay medio de darlos todos al mismo tiempo. Pero según les vaya tocando el turno, todos irán apareciendo.

No olvidéis que los dibujos deben hacerse con tinta china y que los cuentos que mandéis no deben pasar de 40 líneas escritas en una cuartilla corriente.

Los trabajos los mandaréis firmados con vuestro nombre y apellido, indicando vuestra edad y el lugar de vuestra residencia.

Los trabajos deben venir acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

Autopianos
"MELODIA"
"VIRTUOLA"
REPRODUCTORES de los
mas célebres pianistas
del mundo

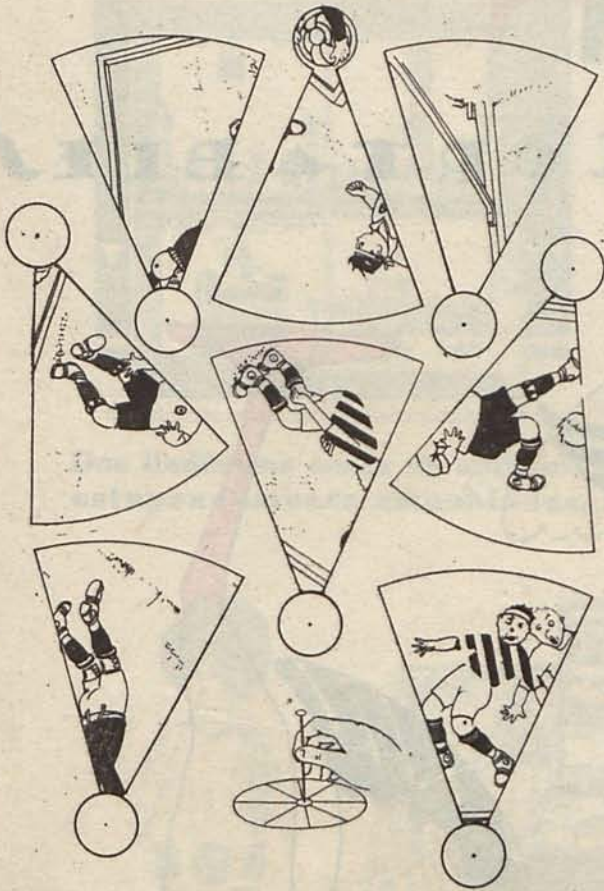


Pianos-Autopianos
Harmoniums
Virtuola S.A.

Avenida Conde de Peñalver
17 MADRID

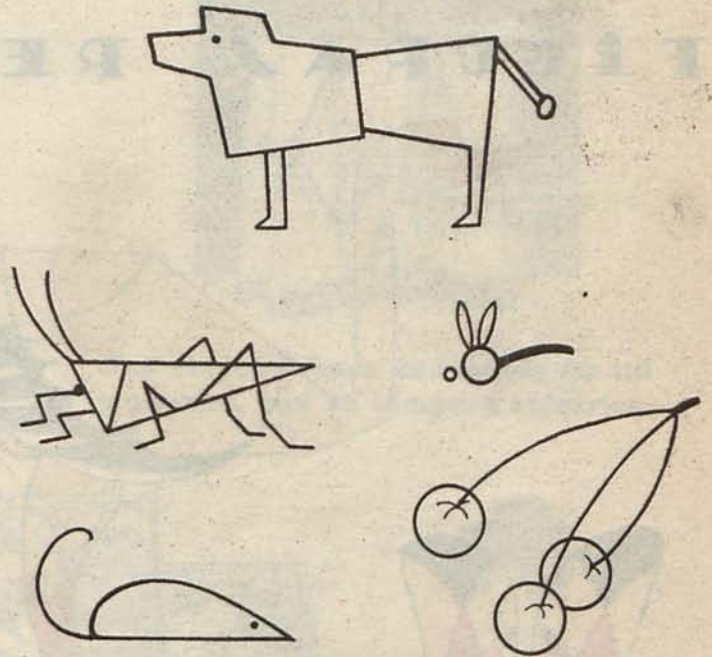
CONCURSOS

FUTBOL EN TROZOS



Después de recortar estos dibujos deben unirse con un alfiler por el centro de los circulitos y colocarlos de manera que resulte una escena de fútbol. Si no queréis recortar la página podéis mandar las soluciones en calcos.

TODOS DIBUJANTES



Dibujad estos modelos y mandádnoslos para optar al concurso de premios. No olvidéis que los dibujos que nos mandéis deben ser de mayor tamaño que los modelos que os damos aquí.

TAN, TAN, A LA PUERTA LLAMAN

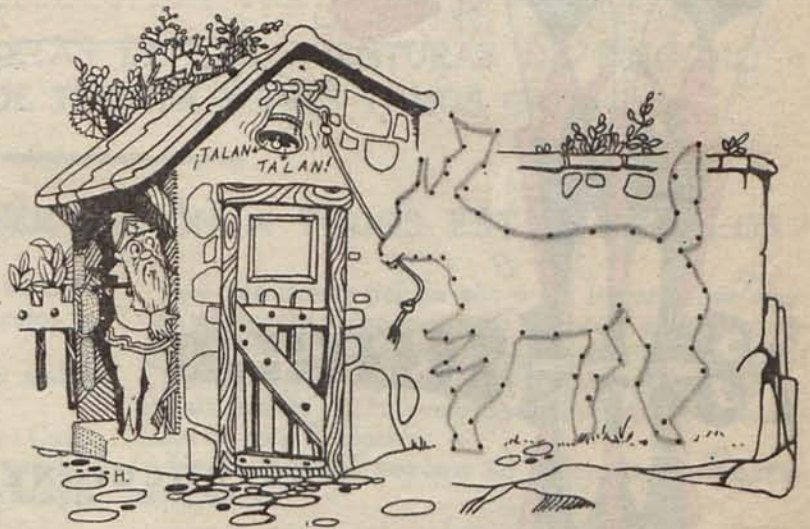
Con este número termina la segunda serie de nuestros concursos mensuales. Como ya hemos dicho, admitimos soluciones de la primera serie hasta el 1 de mayo, fecha en que repartiremos los premios.

De esta segunda serie admitiremos soluciones hasta el 1 de junio. Hemos fijado estos plazos para dar tiempo a nuestros lectores de América para que puedan enviar sus soluciones. Hasta ahora llevamos recibidas una gran cantidad de dichas soluciones, casi todas acertadísimas, por lo que podemos anunciar que la mayor parte de nuestros concursantes tendrán premio. Sigán los «pinochistas» enviando soluciones, que al final recogerán la recompensa.

Lista de premios de nuestra segunda serie de concursos correspondientes a los números 4.º, 5.º, 6.º y 7.º de PINOCHO

- 1.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cien pesetas.
- 2.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de setenta y cinco pesetas.
- 3.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cincuenta pesetas.
- 4.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos, por valor de cuarenta pesetas.
- 5.º Un bono para adquirir juguetes u otros objetos por valor de treinta pesetas.

Mil accésits consistentes en preciosos cuentos de Calleja.



Esta campana está tocando violentamente. El viejo que guarda la casa tiene muy mal genio y refunfuña: «¿Quién será el animal que llama a estas horas?»

Y, en efecto, el que llama es un animal; si sabéis unir los puntos, veréis como resulta así.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 8

◆◆◆◆ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

“Concursos PINOCHO”

Ayuntamiento de Madrid

CUPÓN 8

◆◆◆ Concursos PINOCHO

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



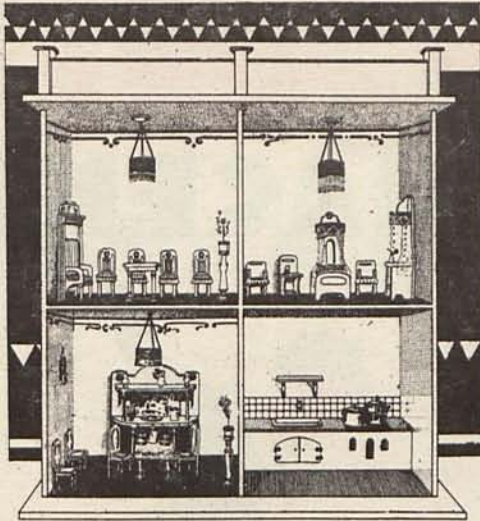
INSTRUCCIONES

Avestruz.—Recórtese por la línea exterior. Dóblese por las líneas de puntos del modo siguiente: A, E, G, I y J hacia afuera y B, C, D, F, H y K hacia adentro, de manera que queden las patas y alas plegadas sobre el cuerpo, como os indicamos en el modelo. Péguese la cabeza, cuello y cuerpo, un lado con otro, dejando sin pegar las patas y alas.

Libélula.—Recórtese por la línea exterior. Dóblese por las líneas de puntos del modo siguiente: A, hacia afuera, y las líneas B, hacia adentro, de forma que al bajar las patas queden como en el modelo.

NOTA IMPORTANTE.—Queridos lectores: Con objeto de que no estropeéis el periódico, y para que os vayais acostumbrando a dibujar y pintar, es conveniente que en vez de recortar las figuras de la lámina que os damos las calquéis sobre una cartulina muy flexible o papel grueso. Así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta llegar a la perfección. Después de bien dibujadas estas figuras, las pintais con acuarela, y cuando estén bien secas las recortais y doblais, según las instrucciones que más arriba os damos.

CONTINÚA LA REPRODUCCIÓN DE JUGUETES PARA EL SORTEO



Dos lindísimas casas de muñecas estupendamente amuebladas.



Dos elegantísimos tocadores de tul y encajes, con su lámpara eléctrica.



Seis preciosas muñecas.



Una magnífica muñeca con su «trousseau» completo.



Seis preciosas muñecas.

Y DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y CHAPETE, COMPUESTAS DE TREINTA Y TRES TOMOS CADA UNA

¿QUÉ HACE FALTA PARA TENER OPCIÓN A TODOS ESTOS REGALOS?

Ya sabéis que para tener derecho a recibir un boletín con cincuenta números para el sorteo de estos juguetes es preciso:

A. Suscribirse a PINOCHO por un año antes del día 31 de mayo.

B. Reunir entre varios amiguitos cincuenta «Cupones para regalos» recortados de los diferentes números del periódico, mandándolos antes del 31 de mayo, a nombre de un solo lector.

A todos los amigos de Pinocho que cumplan lo que se indica en uno de los apartados A o B se les entregará un boletín con cincuenta números. Los que se hayan suscrito por un semestre pueden ampliar su orden a un año, con lo cual tendrán derecho también a un boletín con cincuenta números para el sorteo de los regalos.

Los amigos de Pinocho que residan en Madrid y deseen suscribirse, deberán mandar una nota escrita con claridad, en la que indiquen nombre y apellido, señas y tiempo de la suscripción (un año o un semestre). El administrador pasará un recibo a domicilio al entregar el primer número. Los suscritores de provincias y de América deberán mandar el importe anticipado en giro postal, cheque, etc.

Los suscritores por un año o los lectores que manden cincuenta «Cupones para Cuentos» tendrán derecho a recibir gratis **tres tomos**, a su elección, de los Cuentos de Calleja en colores, serie Pinocho-Chapete. Próximamente publicaremos la lista completa de los títulos de esta Colección.

La fecha del sorteo se anunciará oportunamente.

ADVERTENCIA FINAL.—Rogamos a nuestros suscritores, colaboradores y concursantes que tengan paciencia, pues es tal el número de cartas, suscripciones, dibujos y soluciones que nos llegan diariamente, que las personas encargadas de abrir y clasificar las cartas llevan quince días sin descansar, los pobrecitos. A todos se les atenderá, pero rogamos un poquito de paciencia.

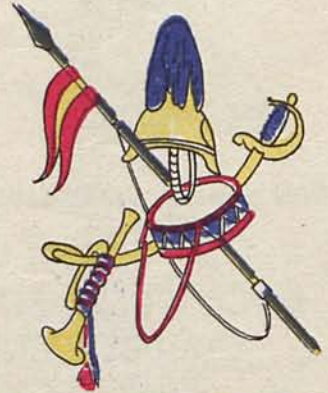
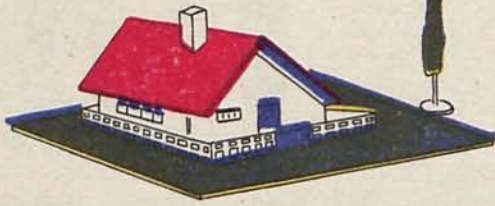
LA DIRECCIÓN

Cupón para el sorteo de regalos.

Cupón para cuentos.

MADRID-PARIS

GRANDES ALMACENES

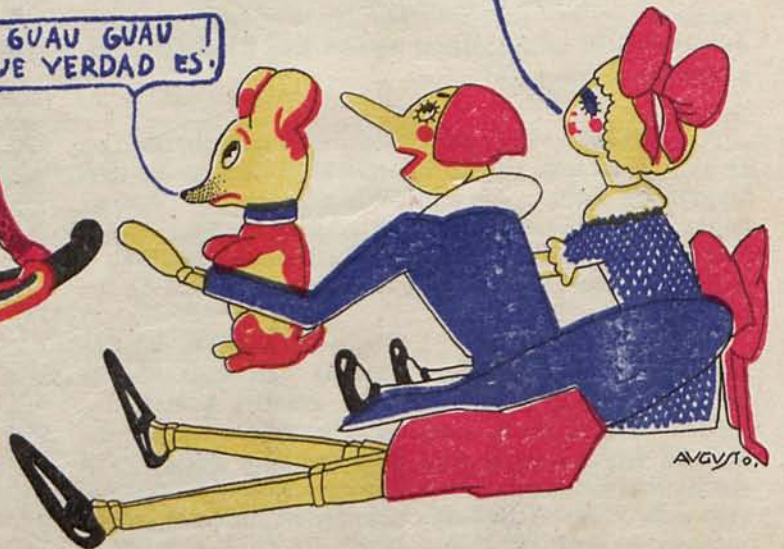


DECIDIDAMENTE PIRULAI
MADRID-PARIS
 ES LA CASA QUE TIENE
 JUGUETES MAS BONITOS

AY PINOCHINIQUE CONTENTA
 ESTARA LA NIÑA QUE TENGA
 UNA MUNECA DE ESTOS
 ESTUPENDOS ALMACENES



GUAU GUAU
 ¡QUE VERDAD ES!



AVG/70.